

mal representada, pero García Lorca al fin, alguna belleza, aunque poca, encierra parte de su texto.

No hay razón alguna para que el público que pide buenos espectáculos se queje, ni mucho menos para que no asista y apoye los intentos y los nobles deseos de quienes se lanzan a una aventura tan peligrosa como es la de llevar a un escenario un teatro de altura y no irse por el camino fácil pero lleno de miseria que significa un *Tenorio Ajúa* (el solo título crispa los nervios), o de *Muchachas a domicilio*, o de *Préstame a tu marido*.

19 de noviembre de 1972

#### PELILLOS A LA MAR

La noche del estreno de *Ravos*, en el Teatro Manolo Fábregas, un amigo español me presentó a un crítico teatral que esa misma tarde había descendido de un jet Iberia y visitaba por vez primera la Ciudad de México. Don Indalecio Fernández, que tal es el nombre de nuestro ilustre visitante, me pidió que le cediera esta semana mi espacio en *México en la Cultura* porque no se acostumbra a estar sin hacer nada, y yo, que buscaba cualquier pretexto para largarme a Acapulco, accedí con gusto. Este es el texto que me entregó al día siguiente y que fiel a mi promesa publico en esta columna:

Al llegar al pórtico del teatro me he quedado, como quien dice, alelao. ¡Viajar doce horas en avión, atravesando el charco, para encontrarme en el pórtico del Teatro de la Zarzuela, o de la Comedia o en una tasca de la calle de Echegaray! ¡Vamos, hombre, que esto no es serio! Yo pensaba encontrar personas vestidas de charro, conjuntos de mariachis, señores gordos con sombrero “tejano” y pistola al cinto, rostros con el color de la “raza de bronce”, etcétera. Y nada, que me he encontrado con cientos de paisanos fumando puro, cantando coplas por lo bajo y gri-

tando a voz en cuello: “¡Maricarmen, que me he pillao un dedo al abrir la bombona del butano! ¡Pilarica, hija dile a tu padre si se ha acordao de comprar el jamón serrano para Crismas! ¡Curro, me parece que has aparcao mal el Dojedar!” Muchas frases semejantes dichas a gritos, pero de entre todas ellas me pareció escuchar que se repetía sin cesar la siguiente: “¡Anda, salero, que dicen que esta obra es antifranquista! ¡Estos chicos que la van a echar al foro son más valientes que los siete niños de Éscija! ¡Hay que ser español para atreverse a tanto! ¡Son unos tíos jóvenes con toda la barba! ¡Viva la madre que los parió!” Yo, Indalecio Fernández, pa servir a ustedes y pa lo que gusten mandar, natural de Quintanar de la Orden de la provincia de Toledo, no es que sea franquista, os lo juro por ésta, pero me hizo gracia y me causó extrañeza que una obra de teatro en contra del Caudillo armara tal revuelo a tantos miles de leguas. Y es que, con franqueza, yo no he pasao el trago amargo del aeroplano para venir a escuchar hablar mal de Franco, que pa eso me voy a una peña al café de Gijón, o converso con un tasista, o tiro palante por la Gran Vía, todo sin salir de Madrí; mira tú que tié gracia.

En fin, mi primo Vitorino, que vive en Méjico y trabaja en los almacenes El Puerto de Vigo, tenía mucho interés en ver la obra, de manera que me senté en una platea. Mi primo me dijo con emoción: ¡Mira, chaval, allá está Manolo Fábregas!” Pa mí como si me hubiesen dicho: ¡Allá está la tía de la Membrives! Luego miré el foro: no había telón sino que se podían ver unos andamios de fierro y un grupo de maniqués muy serios. Pensé: “¡Anda, Indalecio, que esta es una obra moderna, porque cuando no hay telón significa que va a ser teatro de ese que le dicen de vanguardia”. Leí el programa. La obra se llama *Ravos*, pero yo leí *Pavos*, porque según esa institución noble y real que pule, friega, bruñe y usa el felpudo para dar esplendor a la lengua castellana, *Ravos* se escribe con b. Se lo hice notar a Vitorino y éste me contestó: “¡So bestia, es que la protesta comienza desde el título! ¡Hay que terminar de una vez con todo lo establecido, como los establecimientos en los que trabajo!” Luego salieron los chicos de la orquesta y se subieron a un tablado, por aquello del atavismo, y por fin los actores, unos chavalillos muy simpáticos, sobre todo Ana Belén, que es la sal y pimienta de la Península

Ibérica. ¡Qué encanto de chica! Junto a ella la Argentinita, y la María Tubau, y Lola Flores, y Sarita Montiel, son unas alpagatas. Es hermosa como un amanecer en el Cantábrico, canta como los ángeles y baila mejor que Antonio y su ballet. Una verdadera estrella de los *varietés*, con más futuro que un terreno en la Puerta del Sol.

El actor principal es un cantante que se llama Víctor Manuel, y que canta bien, y que es buen actor, pero que no baila. A él se debe esta obra que tiene grandes aciertos, qué duda cabe, como la escena de la monja, que es excelente, la sátira a los números musicales de musijol madrileño, la canción de la manola con los colores de la bandera española, la canción de los poetas, etcétera. ¿Pero, qué se le va a hacer? Estos chicos de ahora no tienen medida, y el autor alargó la obra con números innecesarios, cansados, ingenuos y llenos de lugares comunes. El final, sobre todo, es más largo que la existencia del Caudillo. Se protesta contra la burguesía, contra los trus, contra el turismo, contra la familia convencional, contra la Falange, contra la religión, contra el Opus Dei y contra Franco. Pero sin originalidad, repitiendo lo que ya se ha dicho tanto en todas partes del mundo. También la protesta tiene que evolucionar porque si no vamos a terminar protestando contra la protesta que ya se convirtió en parte de lo establecido. La obra tiene muchas palabrotas muy castizas y hasta su escenita semierótica. Todo esto nos viene de *Hair*, pero como lo hacemos a nivel subdesarrollado, resulta en lugar de Pelo, tan sólo pelillos a la mar.

Los cinco chavales que también intervienen, alguno de ellos es gracioso y una de ellas canta muy bien. Los otros tres son medianejos tirando a malones. El conjunto musical es bueno, pues al menos no ensordece con esos ritmos *yeyé*, si es que todavía se dice así. Víctor Manuel tiene una voz espléndida que no luce lo suficiente porque las canciones están escritas a servicio de letra y no de música. Y Ana Belén, que se roba el espectáculo todo, se lo guarda y allí no ha pasado nada como no sea el revelar a una actriz más completa que el Acueducto de Segovia. Un mexicano (porque había dos o tres) que estaba cerca de mí, dijo que ojalá el gobierno español se enoje porque se puso a lavar la ropa fuera de casa y ya no la dejen volver a la Madre Patria, para que se

quede en Méjico, país que, según pude entender, anda mal en actrices jóvenes. Después de tres horas de un espectáculo de protesta en el que lo más notorio es la pésima dirección escénica, con mucho movimiento al fondo y ninguno en primer plano, los españoles todos que llenaban el teatro gritaron muchos óles, batieron palmas y pidieron la oreja del Caudillo, que no les fue concedida. En general, pienso que es un experimento interesante, que los jóvenes que intervienen están llenos de entusiasmo y de buenas intenciones y que hay aciertos indudables. Pero me pregunto si una vez que haya desfilado la Colonia Española antifranquista, interesará al público mexicano. “¡Qué sí, hombre, que sí!, me decía el primo Vitorino, mira que a los mexicanos les gusta ver en un escenario cualquier tipo de protesta, aunque sea extranjera, que es en donde la censura se muestra benevolente.” Pues así lo espero, en bien de estos chicos. Yo me voy al Blanquita a escuchar mariachis. Pa lo que gusten mandar, quedo a sus órdenes en la calle de Manzanares número diez, allá en Madrid.

*Indalecio Fernández*

26 de noviembre de 1972

#### DIEZ DE MAYO FLORIDO

Sra. Victoria de la Maza viuda de Reyes.  
Venustiano Carranza 136.  
San Luis Potosí, S. L. P.

¡Madre!  
¡Cómo me hubiese gustado tenerte sentada a mi lado en el Teatro Hidalgo la noche del viernes 2 del presente! ¡Cómo me hubiera placido el ver tu cabellera blanca sacudida por los sollozos! ¡Cómo me hubiese satisfecho el escuchar tus relatos sobre la Decena Trágica, allá en tu niñez, después de haber visto la obra! ¡Tus suspiros llenos de añoranza a lo largo de la representación habrían conmovido las fibras de mi corazón! Y después, a la una